

# JULIANO PAVOLLINI

Cristovão Tezza



Clara pide que comience por la infancia. Bien, yo lo tenía todo para triunfar, excepto la familia. Mi padre, muy seco, era un hombre monumental que leía diariamente la Biblia, daba clases en la escuela del pueblo y se preocupaba de que formáramos juicio. Ya llegué a pensar que fui yo quien lo mató, pero hoy, por lo menos en cuanto a eso, estoy tranquilo. La vida para él era en sí una tarea incómoda, una penitencia de la cual había que liberarse tan pronto como las cuentas estuvieran pagas. Qué estorbo, estar vivo —era lo que él decía sin decir, todos los días, con un mal humor minucioso. Ciertas personas son incompletas de un modo extraño.

Comencé a conocer a mi padre por sus manos. Tendría yo unos tres años y, sentado frente a él en la larga mesa donde se desplomaba como Cristo, en el centro (y no en la cabecera de la mesa, como el papá de mi vecino), yo veía en primer plano aquel amontonamiento de huesos y callos entrelazados a la hora de la oración del almuerzo. Bien hacia lo alto, como detrás de una nube, mis ojos de niño dibujaban el rostro de mi padre, de luminosos ojos azules en el centro de una aureola resplandeciente. Era realmente un hombre bello, pero yo no lo sabía. Él rezaba y le agradecía a Dios la comida que nos alimentaba, y nuestra salud, y nuestro presente y nuestro futuro y en la ofrenda no había ninguna ironía. Mi padre, cuando rezaba, sabía de lo que estaba hablando. Era íntimo de Dios, del Cielo y del Trabajo. Tenía al mismo tiempo sólidas y celestes creencias. Criaba gallinas, conejos, trabajaba en la huerta y daba clases, al mismo tiempo que se preocupaba porque tuviéramos de todo un poco: pan, sueño, trabajo, costumbres, respeto, descanso y tundas, exactamente como quien formula un teorema de geometría.

No tuvo mucho éxito, es verdad, pero al menos lo intentó. Cuando comencé a conocerlo—cuando comencé a conocer sus manos— él ya tenía una larga historia como hijo de inmigrantes analfabetos, entre tantos hermanos y hermanas que hasta él había perdido la cuenta, criado nebulosamente en un seminario de donde huyó también sin explicación para trabajar en una cantera y de ahí a un curso por correspondencia y a un diploma precario, y después, algunos años después, a un título también incompleto de profesor en una escuelita que se caía a pedazos, en el pueblo donde nació: media docena de calles embarradas, una iglesia, un registro civil, una cárcel. Pues allí estaba mi padre, sólido y establecido en el medio del campo, con su terreno, su casa y su huerta, más los bichos que criaba y mataba para nuestro sustento.

Ese era mi padre. Un hombre de gestos previsibles, de poco hablar y de una emoción sofocada, pero no ausente. Recuerdo sus manos —enormes, deformadas, de uñas negras— envolviendo nuestros toscos regalos de navidad en viejas hojas de papel colorido que mi madre guardaba durante el año debajo del colchón, e intentando arreglar los paquetes bajo un ridículo pinito enterrado en un balde, con económicos pedazos de algodón aquí y allí a modo de nieve, mientras nos moríamos de calor. Después, cantábamos villancicos alrededor de la mesa preparada por mi madre, comíamos hasta empacharnos, y soltábamos carcajadas contenidas dentro de nuestras ropas de navidad, que servían también para los cumpleaños. Todo aquello era una obligación que mi padre, y nosotros cumplíamos a falta de algo mejor. Porque mi padre era un hombre sustancialmente triste. El Paraíso estaba en otra parte, posiblemente en el Cielo, después de su muerte; mientras tanto, él iba cumpliendo, a su modo, aquellas obligaciones sin importancia, pero que debían cumplirse. Una de esas obligaciones era ser cariñoso con nosotros, de cuando en cuando; y es ese otro recuerdo fuerte, el de aquellas manos casi del tamaño de mi cabeza, metiendo los dedos entre mis cabellos en un intento de suavidad. A veces me llevaba, con mis dos hermanas, hasta el almacén de la esquina donde compraba caramelos de menta que distribuía con rigor salomónico.

Otro recuerdo precoz de las manos de mi padre corresponde a las palizas que me dio. Fueron pocas, pero graníticas. Nunca palizas, digamos, descabelladas; todo lo contrario, eran metódicas, de correcta medida

y honda intensidad. Me pegaba en los muslos, y no en el trasero, de modo que yo pasaba horas con aquellas manchas moradas un poco por debajo de las mangas de mis pantalones cortos cada vez que rompía un vidrio, perforaba el alambrado del gallinero o no me quería bañar. Cierta vez, me agarró in fraganti en el galpón del fondo, donde con una vecina nos sacábamos la ropa. En esa paliza noté un brillo en el viejo, una especial satisfacción por punirme, como si ahora, ahora sí, sus obligaciones terrestres tuvieran verdaderamente una utilidad.

Aprendí temprano que debía llorar a la primera sacudida. Si por miedo o prueba, me mordía la lengua y no gritaba, los golpes llegaban en velocidad y furia hasta lo insoportable. Incluso después de que salía a los tropiezos con las piernas quemadas, el ojo del viejo me perseguía, tenso, como intentando descubrir la menor sombra de actuación o insolencia, en ese caso (lo aprecié una única vez) el mundo se venía abajo con una saña auténticamente asesina.

En poco tiempo –allá por los siete u ocho años— yo dominaba a la perfección todos los mecanismos de mi padre, como si precozmente le hubiese descubierto la programación de su vida entera. Sabía que a ese estímulo correspondía esta respuesta, que a tal actitud vendría tal observación, que si yo masticaba con la boca abierta él soltaría los cubiertos y se quedaría mirándome. Era un juego; un juego viciado. Conseguía prever hasta sus palabras, cada vez que el vecino golpeaba a su mujer –*que Dios lo perdone*— o que el borracho del pueblo descendía la calle zigzagueando, con un batallón de niños que lo insultaba por detrás –*lo que ese vago necesita es trabajo*— Eran refunfuños sin peso, una prédica mecánica. Preveía el modo de abrir el diario, mientras balanceaba la cabeza, contrariado; aquellos holgazanes, los otros, el mundo entero le usurpaba la existencia; o cómo besaría a mi madre cuando llegara a casa: un beso resbalado, hueco y lleno de angustia.

A pesar de toda mi habilidad, una pregunta quedó para siempre sin respuesta: ¿cómo agradar a mi padre? Cuando comencé a frecuentar la escuela, ya sabiendo leer y escribir mejor que mis hermanas mayores, y claro, mejor que mi madre –que nunca supo ni firmar, excepto cuando iba a votar a los eternos candidatos derrotados de mi padre— pensé que mi oportunidad había llegado. En poco tiempo ya conseguía leer libros de tapas duras, prácticamente sin dibujos, y desgranaba las *Selecciones* que llegaban por correo. Tenía los cuadernos llenos de ejercicios para colorear, princesa y atardecer escritos con *c*, que yo iba completando con mis lápices de colores mientras pensaba en él. Pero mi padre siempre encontraba la manera de no gustar de aquellas cosas; eso cuando no iba a reclamarle a la profesora –una maestra normal dientuda y asustadiza— mayor rigor en la enseñanza. De manera que, a eso de los diez años, yo continuaba luchando por descubrir cuál era la programación del viejo en ese aspecto: ¿cómo hacer que me quisiera?

No desistí. Fue un estudio lleno de vaivenes. Pasé por una rápida fase de desafío: él, que se fuera a plantar papas, que yo sería dueño de mi vida. Una sucesión de tundas dramáticas a lo largo de una semana de guerra me obligó a cambiar de táctica. La mano del viejo era pesada y despiadada, como la mano de Dios. ¡Qué diferentes de los sopapos y pellizcos de mi madre que yo provocaba casi por deporte!

Desde entonces, adopté una táctica que si no resolvió del todo el problema me dio, por lo menos, una tregua: mentir. Clara dirá, con su sonrisa aún tímida, que ella también cuenta mentiras, que todo el mundo miente una que otra vez, pero conmigo la cosa se convirtió en un arte, una técnica sofisticada de caprichosa elaboración. De las mentiras ingenuas, en las que yo relataba el heroísmo con que había expulsado perros bravos de la huerta, o una matanza de ratones a garrotazos, para después enterrarlos lejos de casa a fin de evitar el mal olor, y digamos, la peste bubónica –una vez llegué a enfrentar a un ladrón de madrugada, cuando todos dormían (¡miren el corte que me hizo en el brazo!) – de esas patrañas primarias que me valían las carcajadas del viejo, con las que me ponía en ridículo, pasé a otras, más sutiles, frecuentemente preparadas con dos o tres días de anticipación, en un comienzo sólo para llamar la atención; después, para complicarles la vida a mis hermanas. El día en que les dieran una paliza yo podría morir feliz, satisfecho con mi vida. Ya había intentado golpearlas por cuenta propia, pero la respuesta era diabólica; *ellas* eran diabólicas, un millón de veces mejores que yo a la hora de conseguir sus objetivos mezquinos y egoístas.

Con la técnica de las mentiras, cada vez más elaboradas, cuidadosas, combinada con un creciente

dominio de las expresiones faciales, de un dramatismo discreto y convincente, conseguí llegar a un estadio de convivencia pacífica con mi padre; pero nunca *agradarle*. Por lo menos, nunca agradarle por completo, así, de romper los muros y hacerlo feliz. Hasta hoy me persigue la duda de si la falla en la programación era de él o mía. O, tal vez, eso no forme parte de la programación de nadie. Quién sabe descubra yo el medio de preguntarle a Clara lo que piensa, sin que perciba ella que deseo agradarle. Agradar es un don errático y su fracaso genera culpa.

La culpa fue otro Dios poderoso de mi infancia que me torturó hasta hace poco. Todavía no sé si me liberé de ella. Ya me di cuenta de que toda Moral, fuente de suplicios, viene de afuera, por lo tanto no tiene nada que ver con uno. Colocado en estos términos parece simple, pero es tan inútil como incorrecto: los otros me atraviesan. En verdad, los crucifijos no me llenaban de miedo o culpa; había uno en cada pared, tal vez ahí estaba el error. Lo que me daba miedo, en la soledad de aquella edad incompleta, era una fotografía, en recuadro oval, de un matrimonio de colonos en la pared de la sala. Clara tal vez conozca aquellas fotografías azuladas, con ribetes dorados, de un mal gusto ultrajante y patético que las familias humildes cuelgan de las paredes: el padre de saco y corbata oscura, probablemente con un ruedo a la altura del zapato si la fotografía llegara hasta ahí, y la madre con una blusa de flores que cubre el cuello sin perspectiva, ambos verdaderamente sin rostros, apenas manchas rosadas, labios pintados groseramente, cejas corregidas por el fotógrafo con un lápiz sin punta, miradas mortecinas, y una expresión completa de condenados, para siempre, tristes, tristísimos, posando ridículamente en aquella instantánea planeada, en aquella vejez premeditada; ambos mirando fijamente hacia el vacío. Allí estaban mi madre y mi padre, en la ventana oval y dorada, con fondo de un azul claro tan artificial que no se encuentra en parte alguna de la naturaleza. No tenían ni parecían poder tener arrugas. Atravesaban mi infancia de punta a punta, sin gestos ni señales; sólo aquella dureza suspensa, absurda, irreal, aquellos dos seres celestes a los que mi madre intentaba sacarles lustre todos los días, como para convertirlos en dos santos de iglesia.

Pues me daban miedo. Aquella fotografía —mejor dicho, aquel boceto— fue mi primera Moral. Siempre que pasaba por la sala los miraba. Por lo menos una vez, me acuerdo fehacientemente de haberles hablado, pero duró poco esa homilía y de cualquier modo fue a la inversa: prediqué contra el santo. No sé bien cuánto de mi detallada aversión hacia la fotografía de los viejos es una cosa reciente, pero no importa; si el procedimiento es de ahora, los indicios ya estaban por entonces, desafiándome. Había en la foto un trazo que era su marca primera y mayor: la pobreza. Mis padres eran pobres, y esta verdad estaba estampada en la pared: una pobreza triste, completa y eterna. Pobres para siempre, así como existían las historias de felices para siempre.

Viéndolo desde aquí, una pobreza relativamente abastecida, pero yo era niño y comparaba cosas, y comparando se aprende. La ciudad crecía, la era industrial llegaba, autos, heladeras, la construcción de Brasilia, el mundo entero efervesciendo y mi padre en la misma de siempre, un bloque de piedra expuesto al tiempo. *Jamás* sería rico; yo hojeaba “O Cruzeiro” ya en mis quince años y entendía que estaba condenado. La foto continuaba en la pared de la sala, aquella antigüedad rancia, y los automóviles que invadían el mundo, rascacielos en São Paulo, aviones por todas partes, asfalto; y yo perdiéndome todo aquello, yendo a misa los domingos, desplumando gallinas, poniendo bosta en la huerta, soportando el mal humor de todos. ¿Qué haría de mi vida? Nada, y mi padre ya lo sabía, con algún espanto. Yo había huido de casa unas dos o tres veces con sus correspondientes palizas, pero el viejo perdía la batalla aunque aumentara la furia.

Su furia era contra mí y contra el mundo, cada vez más. De ahí, quién sabe, la prisa en morir: pienso que el ataque que lo mató fue una extraña variedad de suicidio. Él no estaba programado, entre otras cosas, para vivir en este mundo; la adaptación era letal. Me acuerdo de la llegada de la cocina a gas; mi hermana que encendió la llama por primera vez, pero la vieja continuó con la cocina a leña, hasta que yo me negué definitivamente a cortar madera. La heladera demoró más: no sería bueno para la salud aquél aire frío en la cara cada vez que se abriera la puerta— y la victrola, la aspiradora, y el extractor, y la batidora, y la licuadora. El viejo tuvo que vender los fondos del terreno en parcelas pues estaba cada vez más pobre, a la espera de una jubilación mezquina de maestro de escuela sin diploma, ya sin dar clases, sellando papeles en

la secretaria mientras jóvenes diestros y graduados en la capital ocupaban las plazas de un ya portentoso Instituto de Educación.

Esto fue a finales de los años '50, hasta donde llegó el aliento del viejo. La ciudad, de la que él era casi un fundador, se desparramaba en un entroncamiento de calles en el corazón del Estado mientras su terreno se encogía, y el dinero, y la comida, y la esperanza. Después de tanto esfuerzo, se encontraba empobrecido de todo, hasta de hijos, porque le bastaba mirarme para ver que yo no servía para nada. En cuanto a las hijas, bien, las hijas no sirven para nada por su propia naturaleza femenina. Imagino a mi padre entrando en el Cielo —porque si Dios existe, mi padre está allá, a su lado, tomando café y leyendo diarios antiquísimos—, entrando ya irritado por la demora en que lo habían libertado de su cruz, y después, sonriéndole contrahecho a aquella procesión de angelitos idiotas y afeminados. Estoy seguro de que mi padre ya le encontró algún defecto al Paraíso, le volvió la cara a Jesús Cristo —estando ya aquí, ¿lo necesito?— se avinagró con la Virgen María, seguro que ya fue engañado más de una vez, y sintiendo la peor de las angustias, la de la eternidad, se convenció de que mejor hubiera sido *morir por completo* sin ir a ninguna parte, el Cielo es un embuste, y mi padre allá, definitivamente sin salvación.

Mi padre murió una súbita madrugada. Por la mañana, allá estaba él con los ojos abiertos, que miraban el techo. Fue un amanecer siniestro, no por el viejo sino por nosotros. Mi madre no hizo el café ni puso la mesa, como todas las mañanas, la primera vez en cincuenta años, supongo. Mis hermanas y yo estábamos listos para ir a la escuela, pero algo andaba mal. La vieja salió del cuarto, sin hablar ni llorar. Toda su apatía se concentró entonces en una torpeza completa. Entré en el cuarto, desconfiado. Allí estaba mi padre, miraba el techo sin ver nada, las manos cruzadas sobre el pecho, como quien reza.

-Papá.

Extendí la mano para comprobar lo que ya sabía. El brazo, la cara, la frente, estaban fríos; no me asusté. Mis hermanas se aferraron a mí, como quien va a un museo de cera y siente miedo. Nadie lloró. No había dolor en ese primer instante. Era un vacío que se apoderaba de mí, de nosotros, de la casa entera, en un segundo *y para siempre*.